

El trabajo antropológico en las previsiones del impacto social para la sostenibilidad de los proyectos de desarrollo

DIANA ARELLANO

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES

ARGENTINA

Correo electrónico: dianamabela@yahoo.com.ar

LAUTARO SOSA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES

ARGENTINA

Correo electrónico: lautaroars@yahoo.com.ar

Fecha de envío: 19-05-2021 / Fecha de aceptación: 18-10-2021.

RESUMEN

En esta ponencia nos proponemos analizar el trabajo antropológico en los estudios interdisciplinarios de diseño, evaluación y monitoreo de proyectos ambientalmente sostenibles de grandes obras de infraestructura estratégica, atravesado en la actualidad por tres tensiones relevantes: la tensión entre el rol central del antropólogo en la dinámica interna del equipo interdisciplinario —en términos de su capacidad para articular saberes diversos en perspectiva holística— y su ubicación marginal en la grilla de contrataciones; la importancia del trabajo antropológico de previsión de conflictividades socioambientales, y la consecuente invisibilización de su trabajo cuando este resulta acertado; y, finalmente, el reto de afrontar la marginalización académica del trabajo de los antropólogos aplicados, particularmente, en relación a las formas más afianzadas del trabajo disciplinar.

PALABRAS CLAVE: Antropología aplicada; interdisciplina; impacto socioambiental.

DOSSIER

ANTHROPOLOGICAL WORK ON SOCIAL IMPACT FORECASTS FOR THE SUSTAINABILITY OF DEVELOPMENT PROJECTS

ABSTRACT

In this presentation we propose to analyze anthropological work in interdisciplinary studies of the design, evaluation and monitoring of environmentally sustainable projects of strategic infrastructure, currently crossed by three relevant tensions: the tension between the central role of the anthropologist in the internal dynamics of the interdisciplinary team— in terms of its ability to articulate diverse knowledge in a holistic perspective - and , its marginal location on the contracting grid; the importance of anthropological work for the anticipation of socio-environmental conflicts, and the consequent invisibility of their work when it is successful; and, finally, the challenge of addressing the academic marginalization of the work of applied anthropologists, particularly in relation to the most entrenched forms of academic work.

KEYWORDS: Applied Anthropology; interdiscipline; socio-environmental impact.



SOBRE LA PARTICIPACIÓN DE LA ANTROPOLOGÍA EN LOS PROYECTOS DE DESARROLLO SOSTENIBLE¹

El diseño, evaluación y monitoreo de los proyectos ambientalmente sostenibles de grandes obras de infraestructura estratégica como rutas, puentes y presas es tarea de un equipo interdisciplinario al que el antropólogo se incorpora, generalmente haciéndose cargo del ítem impacto socioambiental en el medio antrópico.

En la grilla de contratación, ocupa una posición marginal, en cuanto a lo que de su trabajo se espera inicialmente, casi siempre como requerimiento de los entes financiadores y, por lo tanto, con un desconocimiento importante de cuáles serán sus aportes reales para los actores sociales gubernamentales, empresariales y

1 En este artículo estamos usando el sistema de referencias de las Normas APA.

de las organizaciones ambientalistas. Ello parte del supuesto de que toda obra trae desarrollo y, todo desarrollo no puede más que provocar impactos positivos en la población (Máttar y Cuervo, 2017; Sañudo, 2016; y Quintero, 2012). Concepción que se refuerza en países como Argentina, en los que la mayor parte de la infraestructura se financia con fondos de la cooperación internacional, ante la cual el proyecto debe lucir estratégico (inmejorable, indispensable, urgente, de total consenso en la ciudadanía) y de bajo o nulo impacto socioambiental negativo como condición de su elegibilidad.

En Argentina, los antropólogos hemos arribado al mundo de la consultoría, casi exclusivamente por mandato de los organismos financieros multilaterales. En el caso de Misiones, esta incorporación resultó incluso relativamente temprana, en la década de 1980, por la construcción de la megaobra de ingeniería de la presa hidroeléctrica Yacyretá que —debido a que implicó un proceso de reubicación masiva de población ribereña— contrató antropólogos, tanto en el plantel técnico como en consultoría externa. Al respecto, resultan señeros tanto los aportes críticos de Gustavo Lins Ribeiro (1999) como los de Leopoldo Bartolomé, no solo por su incursión temprana en el mundo de la consultoría antropológica sino porque supieron leer, adaptar y recrear en clave antropológica, metodologías y técnicas provenientes de las corrientes americanas de la sociología (Bartolomé, 1991, 1992).

Este ingreso marginal, complementario y tardío se explica en términos políticos y científicos por dos cuestiones relativas al avance de las teorías científicas sociales en América Latina que, en la década de 1970 —con las producciones prominentes de Cardoso y Faletto, Gunder Frank y Wallerstein, entre otros— libraban su batalla para imponer la teoría de la dependencia que, en congruencia con los convulsivos vientos revolucionarios, logró el acompañamiento de la academia en general, por la contundencia de su construcción teórica irrefutable hasta la actualidad y que constituyó en su tiempo la primera lectura del sistema mundo en términos de centro/periferia y del desarrollo, no como un problema de producción sino de distribución y, por lo tanto, como un problema político global,

que ponía en contradicción estructural a los países proveedores de materia prima y recursos naturales en clara desventaja frente a los países productores y exportadores de innovación tecnológica (Cardoso y Faletto, 1973; Gudynas, 2011; Ornelas Delgado, 2012; Sañudo, 2016).

Para ese entonces, la discusión de la antropología discurría acerca de la posición y el rol que los antropólogos podían desempeñar en relación a la comunidad de referencia, en un abanico que se desplegaba entre el compromiso militante y el distanciamiento objetivista. Esta tensión bivalente, evidenciaba las pugnas entre la formación académica para la militancia política o, para el reproductivismo académico y la llamada por entonces «ciencia pura» esto es, investigaciones que eludían el compromiso político abordando temas irrelevantes o ajenos al contexto de producción del conocimiento. La práctica profesional antropológica era denostada sobre la base de una supuesta mercantilización acrítica de tan erudita formación. En este sentido, es interesante recuperar los epítetos que no solo emitían juicios de valor sino y, sobre todo, socializaban a las nuevas generaciones de antropólogos en formación: «investigar sobre la sexualidad de los cangrejos», en referencia a la irrelevancia de los temas que abordaban los antropólogos «academicistas» o «venderse al mercado» para los que osaran pretender vivir de la antropología como profesión. En definitiva, la única versión de la práctica profesional antropológica socialmente aceptada por la comunidad científica era la *práctica samaritana*, vinculada a las ONG en auge en los años ochenta y noventa, o a los nuevos movimientos sociales que comenzaban a institucionalizarse (¿docilizarse?) ajustándose a las figuras jurídicas de asociaciones civiles disponibles y por la que no recibieran honorarios que se preciaran como tal, con contratos a término, muchas veces justificados como gastos operativos de modo que no se sospechara intención de lucro con entidades de nobles causas. En este sentido, los antropólogos que se preocupaban por mantener una reputación aceptable, resultaban moralmente confinados al pluriempleo, el trabajo cuasiformal y el ocultamiento pudoroso de su progreso económico. Esta situación laboral resulta inadmisibles para el resto de las profesiones, especialmente

las liberales que, por el contrario, valorizan el progreso económico de los miembros del cuerpo profesional como signo de profesionalismo, distinción y reconocimiento social (Ferradás, 2015).

Tras la larga noche de las dictaduras cívico-militares en la región, con el retorno progresivo de los regímenes democráticos, fue necesario reconstruir la profesión con los antropólogos que retornaron de sus exilios externos e internos y reconstruir incluso las propias carreras, suspendidas, cerradas, marginalizadas en todos sus aspectos. Una vez más, el caso de Misiones resulta diferente pues la carrera se creó y consolidó en plena dictadura e incluso resultó un espacio de exilio interno para los jóvenes profesionales que se ponían a salvo de la persecución política en los grandes centros académicos del país y las grandes urbes (Vogel y Renoldi, 2005).

Ya en los años noventa y luego de la reforma constitucional que limita la participación de las ONG. y los fondos internacionales por fuera del Estado, los antropólogos tenían prioritariamente dos destinos laborales: mantenerse en rol docente exclusivamente dentro de la academia (tanto las becas como el ingreso a carrera de investigador en CONICET estuvo restringido, cuando no cerrado) desarrollando actividades de investigación complementarias a la docencia pero con escasa o nula remuneración o en las administraciones públicas, integrándose a los equipos multidisciplinarios en los que tuvieron que «construir su lugar como antropólogos» reconocimiento que no siempre lograron y, en muchos casos, más bien optaron por hacer carrera en el escalafón como empleados públicos calificados, renunciando a la carrera profesional de su formación de base (Shore, 2010).

El desarrollo de la profesión en las consultorías, se reducía a una pocas «oportunidades esporádicas y aisladas» (Bartolomé y Danklmaier, 1999) a las que se tenía acceso, manteniéndose dentro de la universidad, de modo de estar visible cuando los organismos multilaterales requirieran sus servicios. Lejos estábamos y estamos aún, de la apertura de la oficina de consultoría antropológica.

Objeto de deseo y causa de suspacias y denostaciones, la actividad profesional en consultorías vinculadas a los proyectos de

desarrollo, recibió no pocas críticas. En efecto, el propio desarrollo estuvo en discusión por tratarse de «la expansión económica adorándose a sí misma» como lo definía Ribeiro parafraseando a Durkheim, al tiempo que colocaba a consultores y empresarios como personal de las corporaciones (Ribeiro, 2007, 175).

NUEVOS VIENTOS, NUEVAS OPORTUNIDADES PARA LA ANTROPOLOGÍA PROFESIONAL

Con la llegada del nuevo milenio, asistimos al reconocimiento de las desigualdades sociales y los límites a una política global de desarrollo que no había contemplado hasta entonces, ni las repercusiones de las formas productivas, ni de las políticas redistributivas, expresadas en múltiples dimensiones de la realidad tales como:

- El carácter no renovable y la inminencia del agotamiento en algunos casos de gran parte de los recursos naturales en los que se asienta hasta el presente el sistema productivo y energético del mundo (Lanata, 2019; Vessuri, 2016);
- La hiperconcentración de la riqueza que generó el pasaje del capitalismo industrial a la economía del conocimiento y el capitalismo financiero y su correlativo aumento de las desigualdades, ahora sí, no solo económicas sino de diverso tipo y, con ello, la exclusión de ingentes masas de individuos, no solo en las tradicionales regiones postergadas del planeta, sino, incluso, muy próximo a los propios centros de poder (Vessuri, 2015; Castel, 2010).
- La transformación revolucionaria de la economía del conocimiento que implicó el desarrollo tecnológico, la hiperespecialización y la cibercultura con su paisaje de redes, contenidos virtuales, *open access*; *software*, *malware* y migrantes y nativos digitales (Martínez Ojeda, 2006).
- La transformación de las tradicionales formas de asociación y representación política de la ciudadanía y su atomización en los llamados nuevos movimientos sociales de mujeres, indígenas, libertad y diversidad sexual, ecologistas, vege-

tarianos, veganos, defensores de los animales, etc. Esto es: colectivos organizados en lucha por la visibilización de sus problemáticas específicas en la agenda pública y el reconocimiento de sus derechos con petitorios puntuales, muy alejados de los reclamos de los grandes movimientos de masas que les precedieron (Sassen, 2003).

- Con el ingreso en la agenda pública internacional y los compromisos asumidos por los gobiernos respecto de los ODM (objetivos de desarrollo del milenio) y luego de los ODS (objetivos de desarrollo sostenible) y las nuevas mediciones del desarrollo plasmadas en el novedoso IDH (índice de desarrollo humano), los gobiernos tienen, en la actualidad, la obligación asumida de dar cuenta de las acciones y avances que logran en cada uno de los aspectos del bienestar social y de la sostenibilidad socioambiental de sus políticas (Vessuri, 2016).

Esta apretada síntesis intenta mostrar que el mundo cambió radicalmente y en un lapso tan breve que es posible para la generación presente realizar un recuento de dichas transformaciones en un período histórico que no excede el de su propia existencia.

Nos preguntamos aquí, qué factores potencian esta participación creciente de los antropólogos en las consultorías en el nuevo milenio y encontramos una diversidad de circunstancias que se concatenan:

- a. Los cambios normativos que implica el ascenso de la «sociedad del riesgo» y su contraparte de «industria del juicio» que requiere la evaluación previa de todos los factores que podrían derivar en demandas por responsabilidad civil (Briones Gamboa, 2005).
- b. La incorporación de los derechos de tercera generación en la agenda pública: principalmente los relativos a la protección ambiental, la discriminación positiva de los grupos subalternizados (comunidades étnicas, población en situación de vulnerabilidad, discapacidad, etc.).

- c. El empoderamiento de una ciudadanía vigilante del cumplimiento de los deberes socioambientales, tanto de los actos de gobierno como de las empresas y los particulares (Escobar, 2011).
- d. Como contracara de lo anterior, tanto los decisores políticos como las empresas se encuentran bajo una creciente dependencia de la imagen pública y sus mediciones. Las empresas responden certificando bajo normas internacionales sus procesos productivos, comerciales y la calidad de sus productos, sometándose voluntariamente a esta vigilancia social, en búsqueda de un mejor posicionamiento en el mercado, a través de programas de responsabilidad socioambiental empresarial (RSE) o certificaciones internacionales de calidad del tipo ISO (en sus diversas versiones) o IRAM (Reyno, 2015) que les permitan exportar.

Claramente, han sido las transformaciones en las concepciones de desarrollo —con la incorporación de las previsiones sociambientales, que introdujeron la complejidad de todos los procesos productivos y comerciales y de las políticas públicas— las que están abriendo paulatinamente la puerta al trabajo profesional de los antropólogos.

Si bien surgen nuevas profesiones con múltiples grados académicos como las vinculadas a la seguridad e higiene o al ambiente, los antropólogos se incorporan al trabajo profesional, ahora sí, como consultores.

Nuestro ingreso en Argentina se produce, como anticipáramos, por requerimiento de los organismos financieros internacionales que advierten la necesidad de gestionar la diversidad sociocultural y el pluralismo étnico involucrado en prácticamente todos los programas de desarrollo porque, nos animamos a decir, no hay porción del territorio nacional en que no se presente una diversidad de grupos conviviendo y esto se vincula con la matriz poblacional nativa y las políticas migratorias que conformaron demográficamente al país. Evitaremos aquí referirnos al holismo, no porque lo desestimemos, sino porque muchos colegas lo han identificado de

manera magistral y suficientes veces. Pretendemos sí, identificar otras conceptualizaciones que nos resultan también significativas.

Tras nuestra incorporación a los equipos interdisciplinarios, uno de los primeros reconocimientos que logramos ha sido a nuestras habilidades teóricas para presuponer la diversidad y la alteridad socioeconómica y cultural que nos permite comprender a los sujetos sociales en sus prácticas y universos de sentido siempre plurales y diversos y, por ello, nuestra capacidad para identificar actores sociales relevantes en cada contexto. En efecto, podemos identificar rápidamente el rol social destacado de un simple vecino que, aunque no detente un cargo o función institucionalizado, puede efectivamente, y por ello mismo, ejercer un liderazgo que escapa a los ojos de otros profesionales y que puede, incluso, concentrar poder de decisión colectiva y capacidad de representación para oponerse en abierta conflictividad o facilitar la comprensión y el diálogo en la negociación para la implementación de un proyecto. El propio Ribeiro (2007) reconoce la importancia de «... la difusión de una pedagogía democrática [que] debería atravesar todo el campo de desarrollo y sus redes, desde administradores y funcionarios estatales de alto nivel hasta líderes de base (...) para igualar el poder de actores operando en todos los niveles de integración» (Ribeiro, 2007, 190).

Por otra parte, no ha sido en vano la enorme producción antropológica clásica sobre el cambio social: en escala estructural, como la variación gumsa/gunlao entre los kachin de la Alta Birmania, estudiada por de Edmund Leach; bajo la dinámica de continuum folk-urbano como en los estudios de Oscar Lewis y Robert Redfield o como cambio de etapas vitales marcadas por el rito como en los estudios de Ruth Benedict, Margaret Mead o Víctor Turner, por solo mencionar a algunos. Sus aportes son fundamentales para la constitución de una mirada antropológica crítica la cual logra prever de antemano que todo proyecto irrumpe en el contexto social produciendo una reacción, acomodamiento y cambio.

Y, aunque el desarrollo no produce cambios estructurales en la distribución del poder como bien señala Rist (2002), ninguna

intervención con infraestructura estratégica es inocua. Por ello, es tarea de los antropólogos en su trabajo profesional dimensionar los efectos, la intensidad, permanencia, recuperabilidad que cada intervención conlleva en todas sus etapas (de planificación, construcción, ejecución y desmantelamiento), toda vez que la irrupción de un proyecto de desarrollo de infraestructura estratégica, necesariamente introducirá cambios en las dinámicas sociales. Ello nos permite avizorar que todo proyecto irrumpe en la escena local para alterarla, positiva o negativamente, pero no deja de resultar una novedad y, por lo mismo, tensiona la estructura de relaciones sociales con sus nuevas propuestas, nuevos actores sociales, rebalance de la distribución local del poder e, incluso, el cambio definitivo de las condiciones materiales, las prácticas sociales y los universos de sentido. Para solo dar un ejemplo, basta mencionar lo que implica para los parajes rurales la llegada de una ruta asfaltada o la construcción de un puente. Los antropólogos sabemos que, incluso subyaciendo a una genuina y sentida demanda de mejora de caminos por parte de los pobladores, el arribo del proyecto, la llegada de las máquinas viales y con ella los trabajadores y técnicos externos a la comunidad durante la etapa constructiva, así como también los cambios que implica la conectividad con el centro urbano más próximo y la afluencia vehicular de foráneos incidirán positiva y negativamente en la vida del otrora paraje distante. Es decir, nuestra formación teórica nos permite prever que todo cambio, generará tensiones, tendrá sus impulsores y sus detractores más o menos visibles, con mayor o menor poder de agencia; lo que tendrá como efecto un reacomodamiento del grupo social como producto de las transformaciones en la vida cotidiana, resultado de algo en apariencia tan inerte como varios metros cúbicos de hormigón. También sabemos de escalas de grises y, en los últimos años, hemos abandonado las construcciones diádicas en la interpretación de la realidad —siempre multiescalar, compleja, dinámica y sinérgica—, imposible de reducir a dos simples polos opuestos y que resiste incluso a las taxonomías, cerradas por definición.

Del mismo modo que nuestra formación teórica nos permite hacer un aporte singular en el trabajo de consultoría, la caja de

herramientas metodológicas hace lo propio también. Han sido el trabajo de campo y las técnicas de construcción de datos a escala micro, esto es la observación participante, previa identificación de espacios sociales significativos; las entrevistas en profundidad individuales y grupales con actores diversos, lo que constituye una de nuestras principales fortalezas.

En efecto, aunque incipiente aún, nuestra incorporación al mundo de la consultoría en proyectos de desarrollo de infraestructura estratégica evidencia avances importantes, toda vez que, aunque la incorporación en la grilla de contrataciones continúa manteniéndose en la marginalidad presupuestaria de los ítems «impactos en el medio antrópico» o «especialista en el medio social», la capacidad de articular miradas diversas corre lentamente la participación profesional de los antropólogos hacia el centro de los equipos de trabajo interdisciplinarios, particularmente por el diferencial teórico y metodológico para el trabajo en equipo, en campo y en la elaboración conjunta de documentos técnicos que reúnan perspectivas analíticas diferentes, con foco en un problema a solucionar, frente a las formaciones disciplinares de, por ejemplo, biólogos, ingenieros o geólogos. Esta capacidad particular nos inclina a tomar centralidad en la redacción y presentación de los informes finales como así también en la organización, convocatoria y conducción de las instancias de participación ciudadana y presentación pública de los proyectos de desarrollo —proyecto ejecutivo y estudio de impacto socioambiental— cada vez más demandados por los organismos internacionales y las normativas socioambientales vigentes (Amador Angón *et al.*, 2017; y García Espejel, 2012).

LA PARADOJA DE LA INVISIBILIDAD DEL TRABAJO ANTROPOLÓGICO EXITOSO

La capacidad heurística de los conceptos antropológicos para comprender las prácticas sociales y los universos simbólicos de los grupos diversos en contacto resulta una base firme en la que apoyarse para producir ese lento y sostenido deslizamiento desde la

periferia de la comprensión compleja de las relaciones sociales hacia el centro de la mediación entre grupos diversos desde su alteridad.

De manera creciente, es la copresencia en un territorio de grupos sociales diversos en pugna lo que ha impulsado la participación de los antropólogos en el armado de los espacios, los tiempos y las reglas del diálogo para inducir el acuerdo en la diferencia.

Resulta en verdad paradójico que, con una formación disciplinar que tiene entre sus pilares el estudio del rito como acto de demarcación de «lo importante» en todas las sociedades, los antropólogos/as nos veamos en problemas a la hora de «marcar por el rito» la concreción exitosa de nuestro trabajo de consultoría, es decir, de crear un momento, acto o símbolo que asocie el proceso de transformación positiva de la realidad con la intervención antropológica en el proceso de negociación, acuerdo o resolución de las conflictividades y discrepancias, señalando de manera inequívoca el cambio cualitativo que se produjo (Turner, 1988).

En efecto, resulta difícil en el trabajo profesional hacer visible la evitación del daño, siendo su invisibilidad el indicador del éxito. Pero esto no resulta necesariamente así, en relación a otras actividades que actúan sobre el riesgo, el incidente, el daño, tratando de detenerlo: un bombero que rescata un niño de un incendio, un guardavidia que rescata un bañista, un banderillero que ordena el tráfico en una obra en construcción.

Tal vez porque la conflictividad social ha desarrollado —necesariamente— su propia *mise en place*, sus rituales, sus estrategias de visibilización, en tanto que, no sucede lo mismo con el acuerdo social que se desvanece en la continuidad de la vida cotidiana y la agenda mediática le reserva un espacio cada vez más anodino y pequeño. En efecto, el conflicto establece un momento de quiebre, de ruptura, en tanto que el acuerdo, la mayoría de las veces, solo da continuidad y fluidez a las relaciones sociales preexistentes.

En el ámbito de los estudios de impacto ambiental de obras de infraestructura estratégica, lo que se denomina medio social involucra al antropólogo en una triple tarea respecto de la población directa e indirectamente involucrada. En la etapa preliminar, da a conocer el proyecto, recibiendo opiniones y actitudes hacia el

mismo, principalmente provenientes de funcionarios de diversas carteras, ONG ambientalistas, líderes de la sociedad civil y la población lindera del emplazamiento de las obras. Dichos aportes podrán ser incorporados o no al proyecto, como de hecho sucede a menudo con las modificaciones de traza, los cambios de emplazamiento de infraestructura e incluso con las modificaciones al propio proyecto de ingeniería. La etapa de comunicación tiene su corolario en las instancias de presentación pública del proyecto. También allí los antropólogos tenemos las herramientas de trabajo con la alteridad para solicitar la participación y habilitar la opinión a los distintos sectores que concurren a la misma desde desiguales posiciones sociales: funcionarios públicos, líderes sociales, ONG, vecinos, etc.

En etapa constructiva, el especialista en el medio social lleva adelante el monitoreo y seguimiento del proyecto, elabora informes periódicos del cumplimiento de las salvaguardas sociambientales y mantiene la comunicación entre los responsables de la obra y la población involucrada.

En la etapa operativa, da cuenta de la puesta en funcionamiento de la infraestructura, los impactos que produce —tanto positivos como negativos—, el desarrollo de las compensaciones a los daños causados, el cumplimiento de los acuerdos y el seguimiento de las obras complementarias del proyecto, particularmente, de aquellas surgidas de la negociación con la población afectada, vecinos de la obra tanto en el sector urbano como rural, organizaciones que velan por el patrimonio arqueológico y cultural, ambientalistas, comunidades rurales e indígenas que, a pesar de que participan en el proceso con una innegable desigualdad en términos de poder económico pero con capacidad de presión política ciudadana en contextos democráticos (Ribeiro, 2007).

En síntesis, el trabajo antropológico en este tipo de consultorías tiene un fuerte componente de previsión de conflictividades socio-ambientales. Resultando paradójico que, cuanto más efectivo es el trabajo profesional desarrollado, mayor es su consecuente invisibilización.

SOBRE LA ACADEMIA Y EL ÁMBITO PROFESIONAL ANTROPOLÓGICO

El tercer punto sobre el que quisiéramos ahondar refiere a la tensión entre teoría y práctica que, aunque cada vez más languideciente a golpe de fuertes argumentaciones, perdura en los rincones más conservadores, oponiendo a academicistas (¿reproductivistas?) y antropólogos en ejercicio extraacadémico (¿aplicados?) de la profesión.

Ya desde 1909, el Bureau of American Ethnology, y su trayectoria desde J. W. Powell hasta el mismo F. Boas, muestra ese sentido de utilización del conocimiento para la solución de los problemas de las comunidades locales. Boas recibió muchas veces la acusación de «activista social» por ello. Sus analistas sostienen que no ha habido obra tan influyente sobre las políticas de la administración americana como el estudio sobre emigración europea que Boas dirigió en 1909 por encargo del Servicio de Inmigración norteamericano (Hinsley Jr. 1979, citado en Uribe Oyarbide, 2015, 34).

En efecto, la discusión se inició a comienzos del siglo xx, a uno y otro lado del Atlántico. con la participación fervorosa tanto de la escuela boasiana y la escuela de Chicago desde América, como del Rhodes-Livingstone Institut de la antropología británica en el continente africano, en el que figuras como Lucy Mair y Mónica Wilson realizaron importantes aportes al desarrollo socioeconómico, la integración intercultural contra la guetificación, la reconversión productiva, la salud y la educación de la población nativa.

Durante la década de 1970 el escándalo del Proyecto Camelot, por el cual el conocimiento antropológico es usado por los organismos de seguridad para el espionaje en países en vías de desarrollo, hecha un manto oscuro en la historia de la disciplina en su conjunto. Lapidación pública que no ha recibido la práctica profesional de otras ciencias que han cometido en su accionar no pocos errores o, al menos, no han tomado los recaudos suficientes para velar por el uso de los conocimientos que produjeron y producen, contribuyendo de manera más o menos directa y consciente a la carrera armamentística en los casos de las ingenierías, la física, la química, la robótica o a la dependencia global de las multinacionales

farmacológicas y alimenticias, para solo citar algunos ejemplos. A pesar del pecado de origen de la antropología en su faz aplicada, sea como colaboradora en el proceso de colonización de los siglos XIX y XX o vinculada involuntariamente a las agencias de seguridad y el espionaje en América Latina, o en las guerras en Vietnam y en Tailandia, la antropología hizo importantes aportes a la OMS de conocimientos sobre medicina tradicional de las más diversas culturas, en el mismo período en que era acusada de participar en el Proyecto Camelot (Ferradás, 2015).

Con la expansión del neoliberalismo, en la década de 1980, la antropología aplicada volvió su mirada a las sociedades postindustriales y multiculturales, lo que implicó un movimiento beneficioso, pues hubo de contemplar la multidisciplinariedad y salir de las sociedades exóticas para incluir también las del modelo occidental.

Ya en el nuevo milenio, la tensión teoría-práctica profesional antropológica está cambiando rápidamente de tenor. Autores como Buxó Rey (2002) sostienen que la investigación y la aplicación constituyen cada vez más una empresa cooperativa con objetivos a la vez científicos y sociales, en especial para superar la construcción parcial y fragmentaria de los problemas y facilitar la participación y la responsabilidad de la sociedad en el diseño de futuros tecnoculturales. De ahí el interés de los observatorios como sistemas de observación de segundo orden, involucrados en la interacción reflexiva para evitar la indiferencia como invisibilidad comunicativa entre los sistemas de conocimiento y los sistemas sociales.

Desde una perspectiva crítica, Greenwood habla de «investigación-inacción» e «inhumanidades» para sintetizar la marginalidad de nuestra disciplina respecto de los cambios sociales y la incapacidad para generar nuevas conexiones sociales más productivas. Su diagnóstico para entender la desconexión mira hacia la estructura de poder de las disciplinas, que de este modo establecen una confrontación con el poder social más allá de la universidad (Greenwood, 2002 citado en Buxó Rey, 2002).

Es decir, de la vieja discusión sobre si el ejercicio de la profesión podía o no considerarse una práctica científica y si la antropología aplicada produce conocimiento teórico o no, hemos pasado a

cuestionarnos si puede resolver los problemas sociales, o no. De ahí que el eje no sea la acción del cambio, sino la interacción y la comunicación de las partes que viven, explican y contextualizan los problemas, esto es, la comunicación reflexiva.

Aunque aún debemos afrontar la marginalización académica del trabajo de los antropólogos aplicados, particularmente en relación a las formas más afianzadas del trabajo profesional, hemos de reconocer que la discusión ha avanzado notablemente en las últimas décadas, alimentada por las perspectivas multi/trans/interdisciplinarias.

Más aún, las nuevas epistemologías del sur, con su *pensamiento posabismal* y su *ecología de saberes*, contribuyen a la puesta en valor del trabajo de los investigadores sociales en general, vinculados no solo a profesionales con diversas formaciones disciplinares y tecnológicas sino además, en diálogo con todo tipo de conocimiento, caminando juntos en la construcción de un saber que resigna los otrora «criterios unívocos» de cientificidad/validez en pos de un saber que incluya «todo lo conocido» en la resolución de los problemas que se plantea no solo conocer sino, y ahora sí sobre todo, construir soluciones consensuadas (Meneses *et al.*, 2018; De Sousa Santos, 2006, 2010; Escobar, 2007, 2011).

Claramente, la imagen que nos devuelve la reflexión sobre nuestra propia práctica profesional como antropólogos es la de la construcción de una contraepistemología, surgida de las nuevas cosmovisiones de la globalización contrahegemónica, de las luchas globales de resistencia al capitalismo y, por ello —al estilo de la teoría de la dependencia— nace en la periferia del mundo porque es allí donde prevalecen otras formas de conocimiento no científico y no occidental y donde resulta más patente la dominación colonial y con ello la necesidad de una propuesta epistemológica para un pensamiento propositivo, pluralista, emancipador.

POR UNA REVALORIZACIÓN DE LA ANTROPOLOGÍA COMO PRÁCTICA PROFESIONAL

A modo de cierre, nos proponemos volver sobre el objeto de este artículo para referir sintéticamente a lo que consideramos en

nuestra experiencia son los pilares sobre los que construimos los aportes disciplinares en el trabajo profesional interdisciplinar de los equipos que trabajan como consultores socioambientales en las obras de infraestructura estratégica, para dilucidar la especificidad de la formación teórica y metodológica de los antropólogos. Concluimos que el diferencial disciplinar se presenta del siguiente modo:

- Frente a otros métodos de investigación social, el método etnográfico y su indagación en la significación de los hechos para los actores individuales, familiares y grupales.
- Frente a los datos secundarios exclusivamente, la observación sistemática.
- Frente a la encuesta general, la entrevista en profundidad y la observación participante;
- Frente a lo genérico, lo específico.
- Frente al recorte disciplinar, la propuesta interdisciplinar de intervención en lo social que, lejos de disminuir la especificidad antropológica, explora nuevas posibilidades y se enriquece con los conocimientos de los otros científicos y técnicos con los que se trabaja.
- Frente a la producción científica para los científicos, la construcción de aprendizajes significativos para la comunidad científica general y disciplinar, pero también, para las agencias; la población; y la academia, esto es, para enriquecimiento de los saberes compartidos con nuestros pares de hoy y con nuestros pares futuros, nuestros alumnos.

BIBLIOGRAFÍA

- Amador Angón, L., Sarquís Ramírez, J.I. y Herrera González, G.A. (2017). Participación ciudadana y responsabilidad social para el desarrollo sustentable. *Revista de Estudios Sociales Contemporáneos*, (17), 143-154. Disponible en https://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/10043/09-resc-17-amador-sarquis-herrera.pdf.
- Bartolomé, L. (1991). «Contexto y coyuntura en la evaluación de microproyectos de desarrollo social». En: Martínez Nogueira, R. (comp.).

- La trama solidaria. Pobreza y microproyectos de desarrollo social* (pp. 37-59). Buenos Aires: Imago Mundis/GADIS.
- _____. (1992). «El extranjero profesional y la tentación fáustica. La antropología frente a los proyectos de desarrollo». En: Arantes, A.A., Ruben, G. y Debert, G. (comps.). *Antropologia e Direitos Humanos: a responsabilidade do antropólogo*. Campinas, Brasil: Editora da UNICAMP.
- Bartolomé, L. y Danklmaier, C.M. (1999). The Experience with Dams and Resettlement in Argentina. Contributing paper prepared for WCD Thematic Review I.3. World Commission on Dams, Cape Town, www.dams.org.
- Briones Gamboa, F. (2005). La complejidad del riesgo: breve análisis transversal. *Revista de la Universidad Cristóbal Colón*, (20). Disponible en <http://www.eumed.net/rev/rucc/20/fbg.htm>.
- Buxó Rey, M.J. (2002). «Indiferencia, observación y colaboración: formas de aplicar antropología». En: *Actas del VI Congreso de la Sociedad Española de Antropología Aplicada, Simposio: El sentido práctico de la antropología* (pp. 28-42). Granada.
- Cardoso, F.H. y Enzo, F. (1973). *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Castel, R. (2010). *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- De Sousa Santos, B. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo: Universidad de la República, Ediciones Trilce.
- _____. (2006). «Capítulo I. La sociología de las ausencias y la sociología de las emergencias: para una ecología de saberes». En: De Sousa Santos, B. *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social (encuentros en Buenos Aires)*. Disponible en <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/edicion/santos/Capitulo%20I.pdf>.
- Escobar, A. (2007). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas: Serie colonialidad/modernidad/descolonialidad.
- _____. (2011). «Ecología política de la globalidad y la diferencia». En: Alimonda, H. (comp.). *La naturaleza colonizada*. Buenos Aires: CLACSO. Disponible en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20120319035504/natura.pdf>.
- Ferradás, C. (2015). «¿Desarrollo y seguridad o antropología pública? Reflexiones sobre los usos de la antropología». En: Moya, M. (2017).

Etnografías Contemporáneas 1. Dossier Antropología Aplicada (pp. 59-70).

- García Espejel, A. (coord.). (2012). *Antropología y consultoría. Una vertiente para el ejercicio profesional de los antropólogos*. México: Colección Academia. Serie Nodos. Ed. Universidad Autónoma de Querétaro.
- Gudynas, E. (2011). «Debates sobre el desarrollo y sus alternativas en América Latina: Una breve guía heterodoxa». Disponible en <http://gudynas.com/publicaciones/capitulos/GudynasDesarrolloGuiaHeterodoxaFRLQuito11.pdf>.
- Janata, J.L. et al. (2019). El camino irreversible del Antropoceno. *Revista de la Escuela de Antropología*, xxv, 1-17. Disponible en <https://revistadeantropologia.unr.edu.ar/index.php/revistadeantropologia>.
- Martínez Ojeda, B. (2006). «Cibercultura: metáfora de la realidad». En: *Homo Digitalis. Etnografía de la cibercultura* (pp.43-64). Colombia: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales – CESO.
- Máttar, J. y Cuervo, L.M. (2017). «Planificación para el desarrollo en América Latina y el Caribe: enfoques, experiencias y perspectivas. Caps. I y VII». En: *Libros de la CEPAL N° 148*. Santiago: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Meneses, M.P., y Bidaseca, K.A. (coords.). (2018). *Epistemologías del Sur*. Buenos Aires: CLACSO Coímbra: Centro de Estudios Sociais CES..
- Ornelas Delgado, J. (2012). Volver al desarrollo. *Revista Problemas del Desarrollo*, 168 (43). Disponible en <https://www.probdes.iiec.unam.mx/index.php/pde>.
- Quintero, P. (2012). Los estudios antropológicos del desarrollo. *Temas Antropológicos. Revista Científica de Investigaciones Regionales*, 34(2), 131-154. Disponible en <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=455845081006>.
- Reyno, M. (2015). «Responsabilidad social empresarial como ventaja competitiva». Momberg. Disponible en <https://www.eumed.net/es>.
- Ribeiro, G.L. (2007). Poder, redes e ideología en el campo del desarrollo. *Tabula Rasa*, (6), 173-193. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39600608>.
- _____. (1999). *Capitalismo transnacional y política hidroenergética en la Argentina. La represa hidroeléctrica de Yacyretá*. Argentina: Editorial de la Universidad Nacional de Misiones.
- Rist, G. (2002). *El desarrollo: historia de una creencia occidental*. Madrid: Los libros de la Catarata.

- Sañudo, M.F. (2016). *Desarrollo: Prácticas y discursos emergentes en América Latina*. Bogotá: Instituto Pensar CLACSO, Pontificia Universidad Javeriana. Disponible en http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20160309021832/Desarrollo_practicas.pdf.
- Sassen, S. (2003). *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Shore, C. (2010). La antropología y el estudio de la política pública: Reflexiones sobre la “formulación” de las políticas. *Antípoda, Revista de Antropología y Arqueología*, (10), 21-49. Disponible en <http://antipoda.uniandes.edu.co>.
- Tocancipá-Falla, J. (comp.). (2017). *Antropologías en América Latina. Prácticas, alcances y retos*. Colombia: Editorial Universidad del Cauca.
- Turner, V. (1988). *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Madrid: Taurus.
- Uribe Oyarbide, J.M. (2015). Antropología Aplicada: momentos de un debate recurrente. *Etnografías Contemporáneas 1* (1), 26-57.
- Vessuri, H. (2016). «La ciencia para el desarrollo sostenible (agenda 2030)». Publicado en *Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura*. Montevideo, Uruguay: UNESCO.
- Villalón González, A.M. (2012). Reflexiones sobre la intervención social antropológica. *Revista de Antropología Experimental*, (12), 103-114. Disponible en <https://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae>.
- Vogel, A. y Renoldi, B. (2005). Antropología y antropólogos según Leopoldo Bartolomé. *Avá Revista de Antropología*, (8), 7-13.



DIANA ARELLANO es antropóloga social, consultora socioambiental acreditada, profesora titular regular e investigadora categoría II de la Universidad Nacional de Misiones, Argentina. Es directora del Programa de Posgrado en Gestión del Desarrollo Socio Territorial (especialización y maestría) y codirectora del Programa de Investigaciones Interdisciplinarias sobre Regiones de Frontera INREFRO 2013 – 2023 (SINVyP - FHycS – UNaM), Misiones, Argentina.

LAUTARO SOSA es antropólogo social, consultor socioambiental acreditado e investigador independiente del Programa de Investigaciones Interdisciplinarias sobre Regiones de Frontera INREFRO 2013 – 2023 SINVyP - FHycS – UNaM, Misiones, Argentina. Autor de ponencias, artículos e informes técnicos de viabilidad socioambiental de grandes obras de infraestructura estratégica en Misiones, Argentina.